

TODOS LOS OJOS DEL MUNDO

EL ojo románico, el ojo bizantino, el ojo galaico, todos los ojos del mundo viéndote a través del ojo de Antón Lamazares, que no es que trate de sorprenderte tu aparente ser apenas —eso es lo de menos; eso es lo de más sólo para ti—, sino, tal vez, el espacio nuclear de la pintura. O del pintar. Por qué se pinta y qué pinto aquí, digamos en este ilustre panorama, teoría precedida por el práctico —impe-
rante— consumé neutral, a ser posible de ave asilvestrada en granja con pienso —gesto nutricional del pensamiento— compuesto. Qué pinto en el qué se pinta, si el pintar discurre entre mil azares, la realidad ahí, quizás tú en la realidad, y alguien que va y que viene se supone que como en torno, cuando viene y va asombrado a la irrealidad. Qué se pinta, salvaje o en la frontera, aproximadamente, agresivo frescor del asfalto ebrio de agua tónica, neopirado, abatido a la segunda burbuja del gas que decolora y amaina el tinto, si todo pinta, también aquella cultura, y yo veo y pinto ojo, un palo, un azul que se estira o se encoge, y esto es la locura, hombre, mujer, basta, Lálín o la Loli con o sin mandolina. Pinto eso y lo que me dicta la mandolina, que es el secreto de la pintura, el argumento de esta locura, hacerse el loco, volverse loco hasta pintar ese ojo, ese palo, ese negro y ese amarillo así, suprema expresión de la cordura. Lo confieso: un poco loco, un poco cuerdo, y la sabiduría de lo contrario para no dar pistas a lo que está en pista ni abundar en lo que abunda. Ser razonable únicamente en lo irrazonable: en esto de por qué pinto y qué pinto aquí, protocolo de lo venial, arruga de la belleza, con mi abrazo a la imagen y su pasión. La imagen apasionada, en el cuadro y en la vida, y moderada —acaso— por el talento, por la apostura de un creador, para que luego no digan.

MIGUEL LOGROÑO